

Ediciones Destino

Ediciones Destino

El cuaderno gris

Josep Pla

Ediciones Destino



Ediciones Destino

El cuaderno gris

Un dietario

Josep Pla

Traducción de Dionisio Ridruejo
y Gloria de Ros

Edición de Narcís Garolera

Ediciones Destino

Ediciones Destino
Colección Destino Clásicos
Volumen 13

Título original: *El quadern gris*

© Herederos de Josep Pla, 1981

© Ediciones Destino, S. A., 2011
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es

© de la traducción del catalán,
herederos de Dionisio Ridruejo y Gloria de Ros, 1975

Primera edición en Áncora y Delfín: octubre de 1975
Primera edición en este formato: enero de 2013

ISBN: 978-84-233-4315-7
Depósito legal: B. 29.858-2012
Preimpresión: Medium
Impreso por Cayfosa
Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Prólogo

Mi primera lectura de *El quadern gris*, de Josep Pla, me causó una gran impresión. Allá en Madrid no fui yo el único a quien ese libro, rigurosamente excepcional, llamó la atención. Sin ir más lejos, Paulino Garagorri, un hombre de sensibilidad muy aguda, de juicio muy seguro y de calidad intelectual exigente, que llevaba la secretaría de la *Revista de Occidente*, me sugirió la conveniencia de hacer para esa revista una antología de los textos del libro que él había leído con entusiasmo. Mis ahogos de trabajo me impidieron, entonces, tomar a mi cargo esa faena que requería una considerable atención. Pero, de todos modos, el eco de *El quadern gris* fue de onda muy amplia. Por eso, cuando mi amigo Josep Vergés me consultó sobre la conveniencia de dar de *El quadern gris* una versión castellana, le animé y hasta —insolente atrevimiento— me ofrecí a traducirlo. O, mejor dicho, a ser su traductor asociado, pues pensaba ya que mi mujer —que se conoce la obra de Pla página por página y tiene, como yo, al escritor de Palafrugell en un altar donde la simpatía hace de incienso— me ayudaría en el trabajo.

Así fue, y su ayuda ha sido, en términos literales, fundamental. Gracias a ella he podido traerme conmigo este verano los 909 folios que ocupa la traducción minuciosamente literal del texto. Estos 909 folios han costado lo suyo, pues la dificultad de traducir a Pla es proporcionalmente inversa a la aparente facilidad de su escritura. Mi casa de Madrid tiene un pasillo muy largo, y durante

cinco meses mi mujer y yo lo hemos recorrido no sé cuántas veces al día —papeles en mano— para consultarnos dificultades de esas que los diccionarios añaden más que solucionan. Ella tecleaba en el salón, a un extremo. Yo papeleaba en mi despacho, al otro. Me llamaba o venía, y así Pla ha echado una mano a nuestro sedentarismo laborioso obligándonos a un ejercicio muy saludable para el aparato circulatorio.

En fin, resueltas todas las dificultades de interpretación o equivalencia, vivo seis u ocho horas diarias inmerso en el Palafrugell —y en sus playas—, en la Gerona y en la Barcelona que Pla observó y dejó retratadas entre 1918 y 1919. Ahora reescribo, sobre un texto que me parece haber estudiado a fondo, esforzándome por no mezclar lo suyo con lo mío (para esto tengo al lado un bloc en el que anoto en dos palabras las sugerencias irresistibles que el texto me propone) y observando la fidelidad con escrúpulo, aunque sin soñar siquiera en lograr una equivalencia tonal perfecta, pues las lenguas tienen su estructura, y lo que se piensa en una hay que volver a pensarlo en otra.

Diré de paso que el trabajo me resulta tanto más fácil cuanto más depura, aprieta o afina su «página» el maestro de Palafrugell, y que las dificultades crecen cuando su estilo se hace más negligente, conversado y alargado o integra más modismos de carácter local. Hay veces que el desdén de Pla por evitar las repeticiones y las consonancias me trae de cabeza. Esos «descuidos», que en catalán —idioma de fonética más empastada— resultan casi imperceptibles, en castellano suenan como cañonazos. En cambio es una delicia —y un estupendo aprendizaje— encontrarse con la adjetivación de Pla, muchas veces seriada y gradualmente acumulativa para perseguir el matiz, y con bastante frecuencia insólita, renovadora, tácitamente metafórica, que aplica a una especie de adjetivos que corresponden a otra, jugando también a

barajar las notas de los sentidos y las notas de la valoración moral o estética.

No voy a contar lo que me está dando de sí esta conversación íntima con Pla. Es fecundante. A veces es polémica. Otras me sorprenden coincidencias de biografía, de percepción o de sensibilidad que me causan un placer especial y me ayudan a ir haciendo —casi en un plano inconsciente— un trabajo introspectivo de evocación y autocomprensión paralela, que me ayuda en forma considerable a resucitar lo mío.

De otra parte, «mi» Pla —el personaje que es ante nosotros, sin remedio, toda persona— se me va enriqueciendo hora a hora, tanto como se me ponen en claro sus métodos expresivos en los logros —que son los más— y en las vacilaciones, de las que siempre es consciente. El escritor y el personaje son riquísimos. Un ser humano haciendo algo —y más haciéndolo con la materia de su propia vida— es, lo he pensado siempre, el espectáculo más apasionante del mundo.

Me parece que no hubiera podido hacer bien este trabajo sin traérmelo a la tierra del autor, aunque el Maresme no sea con toda concreción la suya y sin haber veraneado durante once años seguidos en una de las calas de Palafrugell. La impregnación lumínica, meteorológica, topográfica táctil y olfativa ayuda enormemente a comprender y la tipología aún más. La traducción de Pla que hubiera escrito en el Guadarrama o en las plazas andaluzas sería otra —y peor— que lo que voy afinando aquí en el Maresme, donde he pasado tantos años y cuyo clima tengo ya tan sedimentado en la memoria de la imaginación.

De todos modos, como el Maresme no es el Ampurdán pequeño, el día de la Virgen de agosto me fui a Palafrugell. Estaba invitado a Llafranc a casa de unos amigos, en cuya familia hay tres Marías. Volví a ver aquel mar —el más denso de la costa ibérica— y procuré no

mirar los edificios nuevos de las playas, que me expulsaron, hace ya años, del paraíso. Por la tarde fui al *mas* Pla de Llofriu, donde el escritor estaba solitario en la inmensa sala de la masía. Rural, sí, pero con mucho aleite romántico. Encontré a Pla más delgado y demacrado de rostro. Su «tártaro» parece haber perdido altura de pómulos. Su lunar es un poco menos *rialller*. Su mirada es más dulce o melancólica. Más, diría él, *esbravada*. Pero su fibra me pareció intacta, su vitalidad considerable y su agudeza y rapidez de mente la misma de siempre, aunque un poco menos proclive a la travesura sarcástica.

Respecto a la traducción no dijo que no le interese —y hasta me resolvió con gran solicitud alguna ayuda—, pero sobre el resultado es un poco escéptico. Yo le aseguro, porque lo creo, que *El quadern gris* se leerá en todo el área del castellano con sorpresa, y que si no va a descubrirle —porque está más que descubierto—, va a dar su talla en el panorama de las letras peninsulares; una de las más altas. «*¿Vostè ho creu?*», me dice sonriente, sólo un poco halagado y bastante zumbón. Yo sí lo creo.

En *El quadern gris* el lector hallará en cualquiera de sus páginas un chispazo de genio, una insólita fórmula expresiva, una observación certera del detalle real, un rasguño de humor inolvidable. Pero, sobre todo, queda el resto. Pla ha organizado el plan de su obra completa —*El quadern gris* es el primer volumen— como le ha parecido. En rigor, y con muy pocas excepciones —como las narraciones y las biografías largas—, su obra es un gigantesco y variadísimo diario. Porque Pla ha escrito más por páginas —aunque no resulte un fragmentista a la italiana, esto es, un puro— que por libros. En esas páginas hay de todo: innumerables notas de viaje, juicios políticos, consideraciones intelectuales, crítica literaria, etcétera.

Pero lo que más abunda y rebrilla son sus paisajes, sus retratos y sus instantáneas en que el instante queda detenido y aprisionado en la misma condición de su fugacidad. Estoy seguro de escandalizar a cualquiera, pero no a él —ni, claro es, a los que de verdad entienden—, si digo que Pla es un gran poeta antirretórico, esencialista a fuerza de temporal. Nada de esto tiene que ver con su ideología sino con su sensibilidad, una de las más exquisitas para los momentos naturales y, más en particular, para los paisajes temporalizados.

De la fascinación que me produjo *El quadern gris* ya he hablado. Siempre he deseado antologizarlo, traducirlo y ofrecerlo en una edición castellana, convencido de que sería una revelación. Porque aquí aún es posible revelar al mayor de los escritores «cincuenta años después». La desatención por la literatura catalana en su lengua es grave en Madrid —aunque no tanto como fue— y donde primero se nota es en las librerías. A esta ignorancia estúpida la llaman algunos patriotismo, lo que daría la razón a mis amigos catalanes más ofendidos y extrañados.

Con su punta corrosiva y todo, con su escéptica visión de las cosas «importantes» —y en parte por ellas—, ¡qué provechosa sería la influencia de Pla tierra adentro! La influencia del buen sentido, del interés crítico con lo consuetudinario, de la moderación y de la ironía. En la ventilación y reforma del viejo castillo barroco castellano hicieron algo los del 98, cuando jóvenes, y más sus inmediatos sucesores. Pero siempre he creído que el buen aire de los «escritorios» y las casas pairales catalanas podría hacer mucho más. Si la modernización inevitable y justa no se hace sobre bases de humildad, apego a la vida y pragmatismo inteligente, lo mismo puede salir de ella la más banal de las disipaciones que el más voraz de los Leviatanes. Si es que lo uno no da la mano a lo otro.

Entre bromas y veras, el *hereu* Pla, el liberal Pla, es un san Jorge contra esos dos dragones. Este *homenot* inerme, entre jovial y melancólico, un poco cínico y más grave de lo que parece, «es algo muy considerable», como él diría si no se tratase de sí mismo.

DIONISIO RIDRUEJO
Alella, 1973

Ediciones Destino

Nota del editor

La muerte sorprendió a nuestro gran amigo Dionisio Ridruejo en el momento en que estaba terminando la corrección de las últimas pruebas de *El quadern gris*, libro que él había traducido con especial amor y en cuyo lanzamiento ponía tanta ilusión. «Es preciso —decía— que en España se den cuenta de que con Pla tenemos el mejor escritor español de este siglo. Cuando salga el libro venid con Pla a Madrid y le organizamos el homenaje que se merece.»

La vida, tan cruel, no ha querido que Dionisio Ridruejo viera realizado este deseo. Ni tan sólo pudo escribir el prólogo de presentación de *El quadern gris* al lector castellano. Lo que antecede está textualmente entresacado de dos artículos que Dionisio Ridruejo escribió hace un par de años en *Destino* sobre Josep Pla, refiriéndose en uno de ellos a la traducción en curso del libro y a la impresión que le producía la *Obra completa* de Pla iniciada con *El quadern gris*. Los editores han querido perpetuar así para siempre los nombres de Josep Pla y Dionisio Ridruejo —tan íntimamente unidos a nosotros— con estas bellas y profundas palabras que el gran poeta y amigo escribía sobre su admirado escritor catalán.

E. D.

Barcelona, septiembre de 1975

Ediciones Destino

Nota a la presente edición

La traducción castellana de *El quadern gris*, firmada por Dionisio Ridruejo y su mujer, Gloria de Ros, ha sido revisada a partir del manuscrito original.

Ridruejo vertió magistralmente al castellano la obra de Pla, valiéndose de la primera edición catalana, publicada en 1966, que contenía muchas erratas (subsanaadas en su mayor parte por el traductor), malas lecturas del manuscrito, saltos de línea y supresión de blancas, cambios del editor y muchas arbitrariedades lingüísticas introducidas —con la mejor voluntad— por los correctores del original catalán.

Algunas erratas o lecturas erróneas del manuscrito no fueron advertidas por el traductor en la edición catalana, y han sido corregidas en esta ocasión de acuerdo con el autógrafo de Pla. Sirvan de ejemplo las siguientes: «impersonal» (*impersonal*) por «impresionante» (*impressionant*); «única» por «cínica»; «se casaron» (*es casaren*) por «se casaban» (*es casaven*); «cine mudo» (*cine mut*) por «cine triste» (... *trist*); «bebimos un bock» (*beguérem un bock*) por «bebimos un poco» (*beguérem un poc*); «cristal oscuro» (*vidre fosc*) por «cristal fundido» (*vidre fos*); «cabellos lisos» (*cabells llisos*) por «cabellos grises» (*cabells grisos*); «alguna mujer» (*alguna dona*) por «alguna cosa» (*alguna cosa*); «diez pesetas» (*deu pessetes*) por «dos pesetas» (*dues pessetes*); «de alambre» (*de filferro*) por «de fieltro» (*de fieltro*); «paladear» (*paladejar*) por «pleitear» (*pledejar*); «ruralistas» (*ruralistes*) por «novelistas» (*no-*

vel·listes); «Ganiguer» por «Ganiquer»; «Mallart» por «Mollar»; «Tintorelli» por «Tintorer», etcétera.

La mayor parte de las ultracorrecciones del texto catalán se mantuvieron, lógicamente, en la traducción castellana. En la presente edición se restituyen los giros y las palabras del manuscrito, con lo que la versión resulta más fiel al texto original. Unos pocos ejemplos bastarán para ilustrarlo:

La *solterona* de Pla se convierte, en la edición catalana, en una *vella senyora*; el traductor mantuvo la misma denominación: «vieja señora». Yo, en cambio, restituyo la «solterona» de Pla, sustituida por tratarse de un castellanismo... Otra voz castellana, incorrecta en catalán —*silló*—, apareció cambiada, en la edición catalana, unas veces por *seient* y otras por *poltrona*, que Ridruejo tradujo, respectivamente, por «asiento» y «poltrona». En ambos casos restituyo el original «sillón» del escritor.

Pla escribe *puix que* y el corrector lo sustituye por *perquè* (causal); Ridruejo traduce «porque», y yo lo corrijo: «puesto que». Pla anota *estem fent* y el corrector se lo cambia por *fem*, que el traductor respeta: «hacemos»; yo, naturalmente, he restituido la forma perifrástica original —«estamos haciendo»—, que al corrector catalán le pareció poco genuina. Si Pla escribe *a menys que* (condicional), el corrector le enmienda: *si no és que*; Ridruejo reproduce la locución catalana: «si no es que»; yo restituyo el original: «a menos que».

Cuando Pla usa el vocablo *entrega*, que el corrector catalán sustituye por *dedicació* —por considerarlo un castellanismo inadmisibile—, el traductor mantiene «dedicación»; yo, claro está, me veo obligado a restituir la «entrega» original de Pla. La construcción planiana *dóna la impressió*, reemplazada en la edición catalana por *fa l'efecte*, es vertida al castellano por «hace el efecto», que yo, volviendo a Pla, enmiendo por «da la impresión».

Finalmente, expresiones como *el menor...* o *la me-*

nor..., que aparecen a menudo en el manuscrito catalán, fueron sustituidas por *el més petit...*, *el més lleu...* o *el mínim...*, que el traductor vertió literalmente al castellano: «el más pequeño...», «el más leve...» o «el mínimo...». Ni que decir tiene que he restituido las formas del manuscrito: «el menor...» o «la menor...».

Me he permitido algún que otro cambio semántico en la excelente versión de Ridruejo. Su «bacalao a la plancha», por ejemplo, pasa a ser, como en el original, «bacalao a la *llauna*». Entiendo que son dos modos distintos de preparar dicho pescado.

En el caso de modificaciones gratuitas (por convencionales) del editor, me atengo a las soluciones del manuscrito. Así, cuando Pla califica de *carcamal* o *bercengàs* a un catedrático universitario, he optado por respetar dichas calificaciones críticas, anulando las correcciones «morales» del editor, quien había sustituido las voces insultantes por unos convencionales *professor* o *senyor*, así como había convertido las *collonades* proferidas por dicho cátedro en unas inocuas *explicacions*... Y, si el editor optó por suprimir la precisión anatómica «*del membre*» (viril) en la frase de Pla «*la pressió del membre era invasora*», restituyo dicha precisión en la versión castellana, excesivamente pudorosa sin que el traductor tuviese la voluntad de que lo fuera.

He dispuesto en letra redonda —la habitual en los textos impresos— palabras y locuciones castellanas que sólo exigen la letra cursiva en catalán, y que la habían conservado, innecesariamente, en la traducción. Así, pues, pasan a ser normales, en castellano, «friolera», «pícaro», «platillo», «relleno», «sereno», «tinglado», «de capa caída», etc. También he suprimido, por innecesarios, los guiones finales en las típicas postilas planianas —efectivos remates o concreciones de la frase—, que deben terminar en un simple punto, o en un punto y coma. He introducido punto y aparte (o punto y seguido) en el

interior de las anotaciones del dietario, y, como en el manuscrito, he separado con una línea en blanco los párrafos de las mismas que no guardan ninguna relación.

De acuerdo con el autógrafo original, he completado las fechas de las anotaciones dietarísticas, con indicación de lugar y día de la semana, informaciones que fueron suprimidas en las anteriores ediciones catalanas del libro. Asimismo he incorporado, traducidos, los encabezamientos de algunas de las anotaciones suprimidos en la edición catalana.

En resumen, la revisión a que ha sido sometida la traducción castellana de *El quadern gris* arroja un balance nada desdeñable: se han realizado unas tres mil correcciones, que acercan al lector el texto original de la obra maestra de Pla. Creo que el esfuerzo ha valido la pena.

NARCÍS GAROLERA

El cuaderno gris

Un dietario

Ediciones Destino